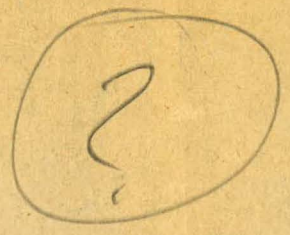


Especial para El Norte, edición del 7 de agosto de 1990

Las caras de
la solidaridad

miguel ángel granados chapa



Mañana concluye la primera Semana Nacional de la Solidaridad, que con amplia difusión está teniendo lugar en doce estados de la República, y que representa la culminación de la primera etapa del Programa Nacional de Solidaridad, iniciado desde su arranque mismo por la actual administración federal. El Programa y la Semana me han suscitado una reacción de perplejidad, de ambigüedad, pues por una parte es innegable la necesidad de acciones como las que se incluyen en esas iniciativas, pero por otra parte su cruda utilización con fines propagandísticos me parece inadmisible.

Es indudable la necesidad de tareas públicas que mejoren la condición de los más pobres entre los pobres. Un diagnóstico del propio gobierno muestra que 17 millones de mexicanos viven en estado de pobreza extrema. El dato es gravísimo, pavoroso. Significa que uno de cada cinco mexicanos no dispone de lo más elemental para sobrevivir. No existe la igualdad plena en ninguna sociedad, pero el desequilibrio que se aprecia en la sociedad mexicana, a partir de esa cifra, es una alerta roja, una clara señal de peligro. De allí a la inestabilidad puede haber sólo un paso. ■

Pero, aun si no se diera ese paso, la sola existencia de compatriotas en ese estado de pobreza extrema sería un reclamo para la conciencia de todos los demás, de los cuatro mexicanos restantes por cada miserable. Estos seres humanos sumergidos en la penuria profunda padecen, además, el círculo vicioso de la pobreza, que les impide o dificulta al menos salir de su condición. En efecto, esos pobres padecen desnutrición tan acusada que carecen de la energía que les permita trabajar y ahorrar. Sufren enfermedades tales que sus rendimientos y su capacidad están menguados. La ignorancia, pues a menudo los pobres son analfabetos, es también un lastre para su propia promoción. En suma, los pobres lo son porque son pobres.

Causas sociales profundas han creado esta situación. No puede contarse entre ellas ni la fatalidad ni la escasez de bienes materiales. México no es el cuerno de la abundancia como con ingenuidad creímos durante mucho tiempo, pero tampoco es un páramo improductivo. En condiciones muy adversas espíritus emprendedores han podido arrancar riqueza del desierto de los eriales, de las montañas más inhóspitas. Si la pobreza persiste, y se enterca en alcanzar a mayor número de personas, es porque la acción social y políticas de las ~~personas~~ instituciones no ha estado orientada a satisfacer necesidades humanas. La explotación del hombre por el hombre, las codicias insaciables, la corrupción administrativa, la simulación, cuentan entre las causas primeras de ese estado de pobreza extrema. Sólo erradicando esas causas, en consecuencia, se puede librar un combate real, eficaz, contra sus efectos perniciosos.

Pero ese diagnóstico puede convertirse en pretexto, en mampara que oculte una ~~resolución~~ condición pasiva, meramente contemplativa. Sin perder de vista que se requieren acciones de fondo para eliminar las causas del rezago social, creo que no debemos oponernos a la realización de

No se publica

solidaridad/2

otras que al menos signifiquen un paliativo a los estragos más visibles y dolorosos de la miseria.

Medidas de esa naturaleza, por otra parte, pueden ser detonantes de una toma de conciencia de los afectados, sin la cual no es posible su participación en la búsqueda de sus propias soluciones. Y si ellos no intervienen en tal búsqueda, estaremos incumpliendo la sabiduría encerrada en la máxima china de que es mejor enseñar a pescar a un hombre que regalarle un pescado, porque de aquella manera se siembra el germen de una solución duradera y a mayor profundidad.